

cuerpo sobrevive bien poco cuando el alma ha dejado de existir. »

Después de esta oración, el anciano se dirigió hacia el costurero, cogió las cartas, las metió en el bolsillo y se preparaba á salir, cuando vió levantarse el portier de la entrada y adelantarse en la obscuridad un hombre á quien no reconoció por el pronto.

Dió un paso hacia él y descubrió al conde Rappt.

CAPÍTULO II.

EN QUE LA ESTRELLA DE MR. RAPPT EMPIEZA Á OBSCURECERSE.

— Es él, murmuró sordamente el mariscal de Lamothe-Houdón, cuya fisonomía tomó una expresión siniestra, no obstante que de costumbre siempre expresaba la dulzura. Él, repitió fijando sobre el conde los ojos chispeantes y mirándole como miraría una tempestad si le fuese posible ver á la víctima que va á destrozar.

El conde, según hemos visto ya, era atrevido, audaz, de sangre fría, y de excesivo valor; y sin embargo, ¿cómo explicar este fenómeno? no obstante estas condiciones, su audacia y su atrevimiento se extinguieron de repente ante el mariscal, como las defensas de una población desaparecen ante el enemigo vencedor.

¡Tanta expresión se manifestaba en la mirada del mariscal! ¡Tantas y tan terribles amenazas se descubrían en su mirada, que el conde, sin adivinar nada, hizo toda clase de conjeturas y se estremeció involuntariamente!

Creyó por el pronto que Mr. de Lamothe-Houdón se había vuelto loco con la muerte de su esposa.

Atribuyó la fijeza de su mirada al abatimiento, y tomó su cólera por la desesperación, por lo cual se dispuso á consolarle. Procuró recobrar toda la calma necesaria para formular convenientemente el disgusto que le ocasionaba la muerte de la princesa y la parte que tomaba en el dolor del mariscal.

Se adelantó hacia Mr. de Lamothe-Houdón inclinando la cabeza en señal de tristeza y compasión.

El mariscal le dejó andar tres ó cuatro pasos en la habitación.

Después, con una voz que se esforzó en presentar conmovida, dijo Mr. Rappt:

— Mariscal, podéis creer que estoy profundamente agitado del mal que os sucede.

El mariscal le permitió hablar.

Después continuó:

— Las grandes catástrofes tienen el único consuelo de que también participan de ellas al menos los amigos más queridos que nos quedan.

El mariscal guardó silencio.

El conde prosiguió:

— En esta triste situación, como en cualquier otra, creed, señor mariscal, que yo siempre me encontraré á vuestras órdenes.

¡Esto era demasiado! al escuchar estas palabras Mr. de Lamothe-Houdón hizo un movimiento brusco.

— ¿Qué tenéis, señor mariscal? exclamó el conde Rappt espantado.

— Que sois un miserable, contestó á media voz el mariscal adelantándose hacia el conde.

Este retrocedió dos ó tres pasos.

— Lo que os he dicho, un infame, un traidor, un malvado, continuó el mariscal mirando al conde como si quisiese devorarle con la vista.

— Señor mariscal, exclamó el conde Rappt, que empezaba á descubrir la verdad, ¿qué es lo que decís?

— Lo que es, repito, traidor, infame, volvió á añadir Mr. de Lamothe-Houdón.

— Tengo miedo, señor mariscal, dijo dirigiéndose hacia la puerta el conde Rappt, que vuestro profundo sentimiento ocasione alguna alteración en vuestra razón, y por lo tanto os pido permiso para retirarme.

— No saldréis de aquí, continuó el mariscal, colocándose al lado de la puerta y cerrándole el paso.

— Señor mariscal, dijo el conde, señalándole con la mano el lecho mortuario, semejante escena en este lugar, cualquiera que sea la causa, no puede ser suficiente para que os agrade á vos ni á mí; os ruego, pues, me dejéis salir.

— No, dijo el mariscal, en este sitio es donde he recibido la ofensa, y aquí también debo obtener la reparación.

— Os comprendo, señor mariscal, dijo el conde con frialdad, vos tenéis por cualquier razón que sea una explicación que pedirme; estoy á vuestras órdenes, pero os repito que en otros momentos y en otro lugar.

— Ha de ser ahora, y aquí mismo, respondió el mariscal con un tono tan imperioso que no admitía réplica.

— Como queráis, dijo lacónicamente el conde.

— ¿Conocéis esta letra? preguntó el mariscal presentando al conde Rappt el paquete de cartas.

El conde las cogió y se puso pálido.

— ¿Conocéis esta letra? repitió Mr. de Lamothe-Houdón.

El conde se puso más pálido todavía y bajó la cabeza.

— Por lo visto, continuó el mariscal, ¿vos os declaráis autor de estas cartas?

— Sí, respondió á media voz el conde.

— ¿Y por lo visto, la princesa Regina es vuestra hija?

El conde cubrió su frente con ambas manos, y se hubiera dicho que pretendía detener al rayo que desde su entrada en aquella habitación se agitaba sobre su cabeza.

— Así, prosiguió el mariscal de Lamothe-Houdón, que parecía no querer pronunciar estas palabras; así vuestra hija... es... vuestra mujer!!!

— Ante Dios ha permanecido solamente como mi hija señor mariscal, exclamó inmediatamente el conde.

— ¡Traidor! ¡infame! ¡una criatura á quien yo he sacado del lodo, á quien he colmado de beneficios y á quien he tendido mi mano lealmente durante veinte años! Hé aquí que penetra en mi familia como un hombre honrado, y que durante el mismo tiempo me roba como un ladrón. ¡Miserable! ¿Ningún temor, ningún remordimiento ha tocado jamás en vuestro corazón? ¿Vuestra alma se halla tan corrompida que el aire puro no ha penetrado jamás en ella? ¿Ladrón de mi felicidad! ¿Asesino de mi tranquilidad! ¿Y jamás se os ha ocurrido que pudiera llegar un momento en que pudiera saberlo todo, y en que pudiese pedirnos cuenta exacta de vuestros veinte años de mentira y de infamia!

— Señor mariscal... balbuceó el conde Rappt.

— Callad, miserable, interrumpió Mr. de Lamothe-Houdón, y escuchadme. Yo soy quien os ha enseñado á llevar una espada.

El conde no respondió.

— ¿He sido yo, si ó no? preguntó el anciano.

— Vos habéis sido, señor mariscal, contestó el conde.

— Por lo tanto conoceréis los medios de que puedo valerme.

— ¡ Señor mariscal!

— Silencio, repito, estoy seguro de mataros.

— Vos podéis matarme inmediatamente, exclamó el conde Rappt, porque os juro por mi honor que yo no me defenderé contra vos.

— ¿Según eso, rehusáis el batiros con un anciano por respeto, sin duda alguna, á mis cabellos blancos? ¿no es así?

— Ciertamente, dijo de un modo resuelto el conde.

— ¡ Desgraciado! dijo el anciano adelantándose hacia el conde con los brazos cruzados y presentándole toda su imponente estatura. ¿ Ignoráis que la cólera da fuerzas sobrehumanas, y que si este brazo, continuó extendiendo el brazo derecho y colocándole sobre la espalda del conde, que si este brazo se deja caer sobre vos os obligará, no solamente á caer sobre la tierra, sino á introducirnos en ella?

Sea que el peso del brazo del anciano fuese extraordinario, sea que la cólera le hubiese dado, conforme habíamos dicho, fuerzas sobrehumanas, las piernas del conde se desblaron y cayó de rodillas sobre la alfombra cerca del lecho del cadáver.

— Esa es tu verdadera postura, de rodillas, dijo serriamente el anciano, esa es la postura que conviene á los traidores. ¡ Maldito seas, tú que has traído á mi casa mentira y la vergüenza, tú que me has llenado de ultraje, tú que has resucitado mi encono y que por tu ofensa me haces dudar de la humanidad entera! ¡ Maldito seas!

Y en seguida levantó el brazo para dejarlo caer sobre el conde, pero la conmoción había sido demasiado violenta para las fuerzas del anciano. Una nube de sangre pasó ante sus ojos, y lanzando un sordo grito, que más bien parecía un rugido, cayó desvanecido en el pavimento, como herido en el corazón.

Una sonrisa de tenaz alegría pasó por los labios del conde é iluminó su rostro. Miró al anciano en tierra, como el leñador mira la encina abatida, no por el hacha sino por el huracán.

Se inclinó hacia él y le examinó friamente, como un médico examina un cadáver.

— ¡ Señor mariscal! dijo á media voz.

Pero el anciano no le oyó.

— ¡ Señor mariscal! repitió un poco más alto, sacudiéndolo ligeramente.

Pero Mr. de Lamothe-Houdón permaneció inmóvil y silencioso.

El conde Rappt extendió su mano sobre el pecho del mariscal, y se obscureció su frente al sentir los latidos del corazón.

— ¡ Vive! murmuró mirándole ferozmente.

Después se levantó bruscamente y lanzó una mirada alrededor, buscando sin duda algún instrumento de muerte.

Pero esta habitación de mujer no contenía ni pistola, ni puñal, ni arma alguna.

Se aproximó al lecho de la muerta y tiró vivamente del paño que la cubría; pero á su esfuerzo el brazo derecho de la muerta cogido con el paño se levantó.

Entonces retrocedió espantado.

En el mismo instante una sombra se deslizó en la alcoba.

— ¿Qué hacéis, caballero? preguntó aquella sombra. Un estremeamiento repentino se apoderó de todo su cuerpo al reconocer la voz de la princesa Regina, que acababa de entrar por la puerta secreta que daba á la alcoba de la princesa.

— He oído un grito, he llegado y he visto á vuestro padre desvanecido.

— ¡Mi padre! exclamó Regina.

Y en seguida se dirigió á la campanilla, la tocó y después acudió al socorro del mariscal.

Durante este tiempo, Mr. Rappt se había alejado.

Al ruido de la campanilla acudió Grouska, seguida del ayuda de cámara del mariscal.

Se hizo volver al anciano de su desmayo y se le trasladó á la alcoba, donde los cuidados del médico mandado llamar inmediatamente le restituyeron bien pronto la salud.

Miró á su alrededor diciendo:

— ¿Dónde está?

— ¿Quién, padre mío? preguntó la princesa.

Este nombre de padre que la princesa le daba hizo temblar al mariscal.

— Tu marido... dijo por último haciendo un esfuerzo: el conde Rappt.

— ¿Deseáis hablarle? preguntó Regina.

— Sí, contestó el mariscal.

— Os le enviaré en cuanto os encontréis más aliviado.

— No, Regina, permaneced al lado de vuestra madre; yo soy quien debe ir á buscarle.

El anciano salió con un paso firme y subió á la habitación del conde.

Éste había entrado en su cuarto y se había dejado caer

en un sillón delante de su mesa de estudio cubriendo la cabeza con ambas manos.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, levantó la cabeza y reconoció al mariscal.

Se encontraba pálido como un cadáver, pero no obstante, parecía haber recobrado toda su fuerza.

Mr. Rappt se levantó.

El mariscal solamente dió dos pasos en la habitación.

— ¡Caballero! dijo al conde, yo me he dejado arrastrar en los primeros momentos pronunciando amenazas y calificaciones inútiles. Solamente tenía una palabra que deciros y esta es precisamente la que no he pronunciado.

— Y yo tampoco tengo más que una idea que exponer; estoy á vuestras órdenes, mariscal.

— ¿Os dignáis batiros conmigo? preguntó desdeñosamente el anciano.

— Sí, respondió resueltamente el conde.

— ¿Supongo que á la espada?

— Á la espada.

— ¿Sin testigos?

— Como vos queréis.

— ¿Aquí en el jardín?

— Donde os agrade, señor mariscal.

El mariscal lanzó una mirada severa sobre el conde.

— Habéis cambiado bien pronto de resolución.

— He reconocido, señor mariscal, que mi oposición era una nueva injuria, contestó el conde.

— ¿Vos tal vez me haréis el ultraje de no defenderos?

— Me defenderé, señor mariscal, os lo juro, añadió el conde.

— Como gustéis, caballero: pero que os defendáis ó no, pienso no guardaros consideración ninguna.

— Que la voluntad de Dios se cumpla, dijo hipócritamente el conde levantando los ojos al cielo con una compunción de que el abate Bouquemont se hubiera mostrado orgulloso.

— En cuanto al día, replicó el mariscal, será el mismo de las exequias de la señora mariscal; dejaremos que concluyan los funerales y á la vuelta nos encontraremos en la plazoleta del jardín. Tened dispuesto para entonces lo que queráis.

— Estaré dispuesto, señor mariscal.

— Perfectamente, añadió Mr. de Lamothe-Houdón volviendo la espalda al conde.

En seguida se retiró.

Pero apenas el anciano se hubo separado de la habitación, cuando un portier se levantó y se presentó Regina.

— ¿ Vos aquí ? exclamó el conde.

— Sí, dijo en voz baja la princesa, todo lo he escuchado, todo lo he oído, lo sé todo. Vos vais á batiros con el mariscal.

— En efecto, dijo el conde con frialdad.

— ¿ Vos vais á dar muerte al anciano ? continuó Regina. ¡ Ah ! ; ciertamente que sois un infame ! exclamó la princesa.

— Y más infame de lo que vos podéis creer, princesa, porque estoy decidido antes del duelo á poner en conocimiento del mariscal todo lo que ignora.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntó con espanto la princesa.

— Podéis sentaros y escucharme : entre esposos no debe haber secretos, y voy á deciros lo que pienso decir en seguida al mariscal.

— Hablad, caballero

— ¿ Pero no os sentáis ?

— En vuestro cuarto no, porque sabéis muy bien que esta sería la primera vez que lo hiciere.

Y después, con una dignidad admirable añadió :

— Hablad... ya os escucho.

CAPÍTULO III.

CONVERSACIÓN DEL CONDE Y LA CONDESA RAPPT.

Á esta invitación tan firme y decidida de Regina, una amarga sonrisa se presentó en los labios del conde.

— Es una conversación demasiado triste la que vamos á tener, señora, dijo Mr. Rappt afectando un profundo disgusto.

— Cualquiera que sea, podéis empezarla, porque estoy resuelta á escuchar cuanto podáis decirme.

— Conforme habéis oído, pasado mañana me batiré con el mariscal de Lamothe-Houdón.

Regina, al escuchar estas palabras pronunciadas con tanta sangre fría, sintió un estremecimiento convulsivo en todo su cuerpo.

El conde advirtió el movimiento involuntario que había hecho, pero continuó como si nada hubiese visto :

— ¿ Qué resultado suponéis que podría tener este duelo ?

— Caballero, dijo la condesa, la pregunta es horrible, y yo no os daré jamás ninguna contestación á ella.

— Pero, sin embargo, continuó el conde mirándola con una sonrisa todavía de más intención que la primera, es-